



Escultura central de la iglesia de Santiago (Carrión de los Condes)

EL HOMBRE DE CASTILLA Y SU PAISAJE

Por JOSE ANTONIO MARAVALL

Vive todo cuanto lleva en su naturaleza una interna causa de movimiento. Vive el hombre, que se mueve por propia voluntad, y su planta inquieta puede desplazarse a sus anchas sobre la superficie de la tierra. Cualquier lugar está abierto para él, y si en alguno no encuentra condiciones físicas para su paso, el artificio humano suple sobradamente medios para lograr que no haya límites a su trashumancia. El firme suelo de la tierra, en cualquier parte, se le ofrece para ser su morada. La presión de otros semejantes más poderosos puede excluirlo de ciertos puntos; pero siempre le quedan otros muchos, tantos y tan variados, que puede siempre tomar para su permanencia aquellos que le agraden. Es obra de su libertad quedarse en uno u otro sitio. El hombre ha optado, pues, al convertir en escenario de su existencia el suelo en que le hallamos afincado; y si esto fué así en épocas de más intenso movimiento de población, en remotos tiempos migratorios, también hoy acontece lo mismo cuando vemos aún nacer y morir pueblos enteros. Si los desplazamientos en masa son ahora menos frecuentes y rápidos, no se debe, tal vez, a un amortiguamiento de la movilidad, sino a los más poderosos medios de adaptar el ambiente al gusto de sus moradores.

Pero como escoge el paisaje, el hombre escoge también su vida. Siempre el mañana lleva consigo un casi inagotable caudal de posibilidades. Ese «proyecto de futuro» sobre el que el hombre teje su existir, hasta en sus más cotidianas manifestaciones, es amplísimo en su campo de elección. Y muy poco es lo que fuerza al sujeto que elige a hacer una u otra opción. No se diga que conforme tiene uno el carácter elige su manera de vivir. La espléndida libertad de tan privilegiado actor le permite seleccionar su personaje. El hombre es un dramático haz de inquietudes, abiertas a todo el horizonte de la vida. No se hable de caracteres fijos. Gracias a Dios el carácter es algo que se hace, y lo que hoy llamamos tal, es, efectivamente, cosa que ha sido hecha y que se sigue haciendo, aunque sea en la menos activa forma de la inercia. No es, por tanto, cosa que ha sido dada. Si recordamos los testimonios que tantos escritores nos han transmitido sobre los pueblos hoy existentes, en distintas épocas, nos encontramos con sorprendentes variaciones. De lo que Margarita de Navarra o Juan Bodin, por ejemplo, escribieron de los españoles y de su contraste con lo que de éstos se ha dicho después, he gustado de hablar en otras ocasiones. Y éstos, como otros muchos que pudieran traerse a referencia,

fueron gentes de espíritu finamente perspicaz y de estrecho trato con nuestros antecesores. Tales preclaros testigos de lo que pueblos actuales fueron en el pasado, nos descubren en su tiempo virtudes hoy desconocidas o nos permiten comprobar ahora otras que antes no existieron. Claro que a veces se observa una larga persistencia, como la que se señala en lo dicho por un historiador romano, Trogo Pompeyo, al hablar de los iberos: «Prefieren la guerra al descanso; de modo que si los falta enemigo extraño, lo buscan en casa.» Pero aquí, ¿lo que perdura es la disposición del hombre o las condiciones de la tierra en que mora?

Porque entre paisaje y vida hay una estrecha relación. Sobre un suelo determinado, bajo un mismo fragmento de cielo, sólo caben variaciones limitadas, y la mayor parte de lo que se puede ser o hacer está condicionado. Esto explica la subsistencia de los llamados caracteres, porque la influencia del medio viene a crear en el hombre, sobre su fundamental naturaleza libre, una segunda naturaleza por el hábito y el ambiente. Pero siempre cabe rebelarse contra ésta, rebelándose contra aquellos supuestos que la ocasionan. Si el paisaje imprime al hombre su sello, es posible evitar esto o cambiando de horizontes o haciendo cambiar, con el humano poder, el escenario de la vida.

En una etapa reciente de nuestra Historia acontece en España el surgimiento de un ambicioso afán de transformación del medio, como el que acabamos de afirmar en su posibilidad. En ese tiempo, muchos españoles no están conformes con el modo de vida que en su Patria llevan tantos de sus connacionales, y puesto que el paisaje sobre el que esa vida se proyecta influye y determina aquélla en gran medida, quieren hacer otro del lugar en que se asientan. Por ello, durante los siglos xvii y xviii aparece la interesantísima pléyade de los arbitristas y proyectistas. Impulsa a todos un anhelo reformador. Los de la primera fase, embarcados en las creencias económicas de su tiempo, se reducen a planear un cambio tan sólo en el orden de las relaciones humanas y hablan del comercio. Los de la segunda—ya se han abierto los ojos al ambiente natural—hablan de la agricultura y sienten la angustia de la dura tierra en que habitan. Los gobernantes, tocados de esta manera de ver, se animan con un alegre deseo de transformación, y suscitado el famoso expediente sobre la Ley Agraria, el más ilustre arbitrista, Jovellanos, pondrá de relieve los «estorbos físicos» para cam-